

Josep Lluís Barona; Javier Moscoso; Juan Pimentel, eds. La Ilustración y las ciencias. Valencia: Universitat de València; 2003. ISBN 8437055032.

Preocupados más por el trabajo o reflexión colectiva, por la comunidad como principal agente de su investigación, lejos de la obsoleta individualidad anticientífica, y poniendo especial cuidado de no fijar sus intereses *a priori*, los autores de este libro manifiestan verdades particulares al más puro estilo aristotélico. Como viajeros ilustrados se han centrado sobremanera «en la testificación neutra, detallada y minuciosa de las realidades» (p. 249) sociales del siglo de las sombras. No resulta una empresa baladí presentar al lector, despojado de ideas acumuladas y casi totalmente desprejuiciado, semejante estudio colectivo cuando viene siendo una tarea nada desdeñable desde hace relativamente poco tiempo. Huelga decir que los artículos aquí recogidos —unos más afortunados que otros, unos más explicativos que otros, unos desgraciadamente más de corte bibliográfico que científico a nivel informativo— son todos ellos de notable factura y distan mucho de aparecer ante nuestros ojos como textos manchados por la típica retórica escolástica.

Siguiendo al filósofo e historiador de la ciencia Ian Hacking, este libro pondría el acento sobre la emergencia histórica de conceptos y objetos vinculados, a través de nuevos usos de palabras, a un escenario con nuevos patrones o *styles of reasoning*. La piedra de toque giraría en torno a la historicidad de categorías científicas relacionadas por ende con otras formas de conocimiento. Por todo ello no resulta caprichoso el subtítulo de la obra: *para una historia de la objetividad*.

Como ya han apuntado Antonio Lafuente y Juan Pimentel en otro lugar, desde la Ilustración verdad y objetividad se abrazan y confunden. Antes bien, debemos atisbar con prontitud la no neutralidad de la historia, que la historia de la objetividad no es si no la historia de las objetividades, que la objetividad se establece como comunicación consciente entre sujetos de conocimiento o, lo que es lo mismo, que «los objetos y los sujetos de la ciencia se implican mutuamente en el proceso de su formación recíproca» (p.151), y que, en tanto que valor epistémico, la objetividad tiene una historia y por tanto ha sido sometida a sucesivas modificaciones semánticas muy significativas. Si esto es así, la objetividad solamente será abarcable desde un contexto intelectual socio-histórico determinado y desde un método o estilo de pensamiento igualmente construido. Y hablo en estos términos porque, como indican los autores, «la construcción de la objetividad es un fenómeno social donde el conocimiento se establece a través de la homogeneidad de los testigos» (pág. 13). ¿Acaso no podemos aseverar que nos encontramos ante un fenómeno social y cultural históricamente determinado que se mueve en un periodo que posee sus propios valores no directamente aplicables a otras épocas? Desde la óptica filosófica esto implicaría que dicho valor epistémico encuentra tanto su territorio como su definición en un entorno cultural específico. Resumiendo, tanto en la Ilustración como en cualquier otra época, como señala Peter Galison «la

realidad objetiva no era otra cosa que las relaciones comúnmente mantenidas entre los fenómenos del mundo (...) La importancia del conocimiento científico reside en la persistencia de relaciones verdaderas concretas, no en la realidad tras la cortina de las formas platónicas o *noúmenos* inasibles»¹

Motivados por la zozobra de llevar a cabo una historia de las prácticas científicas, una historia de la ciencia como *epistemic things*, un diccionario de objetos más que de palabras, la mayor parte de los autores de este libro trabajan con denuedo a favor de una revisión crítica al socaire de la nueva historiografía sociocultural dieciochesca que nace entre las tinieblas de la Guerra Fría. Desde este crítico momento cultural tan significativo en la historia de Occidente se estudia otra etapa fundamental en la historia de la cultura europea donde se producen serios interrogantes sobre los límites de la propia identidad.

Al amparo de esta nueva historiografía tratan de comprender la cultura ilustrada como una extraña república de las letras donde se llevan a cabo ciertas prácticas y se acercan sigilosamente a los valores ilustrados. Lejos de dirigir su mano sincera y ojo fiel hacia el siglo de las luces en tanto que «era de la razón» caracterizada por sus grandes *philosophes* a la manera de la historiografía de corte intelectualista o perspectiva idealista (Cassirer), nuestros historiadores nos exhuman que no hay una sola Ilustración. Nos invitan al teatro de las luces y de las sombras. También es la época del progresista y malogrado Condorcet, la época donde los jóvenes y no tan jóvenes se ufanaban de haber leído las aventuras eróticas de *Teresa filósofa*, la época donde la razón sucumbía ante la tentación de las pasiones, la época donde todo se observa tras el velo de la mensurabilidad y donde se hacen grandes inversiones en torno a expediciones como la del meridiano, la época donde la libertad pretendía guiar al pueblo. No en balde, lejos igualmente de la pretensión de presentarnos un estudio definitivo y como nos advierte Mónica Bolufer, se intenta dar un enfoque poco somero de la configuración y difusión de un nuevo «régimen de verdad» que desemboca inevitablemente en el apasionante mundo de las dudas y las paradojas. Tales dudas también aparecían ante los ilustrados como problemas a solucionar. En su caso sólo existían dos maneras de resolverlas que obedecen a las dos grandes tradiciones de investigación surgidas de la obra de Newton: o a través de la Razón (*Principia*), o a través de la Naturaleza (*Óptica*).

La Ilustración y las ciencias, resulta ser un librito generoso y sugerente para un lector ávido de conocimiento reciclable sin fin. Por cierto, el viaje ilustrado, muy al contrario de lo que pensaban sus científicos tripulantes, tampoco tiene fin. Si algo caracteriza a la ciencia ilustrada es su heterogeneidad. Y sólo por ello resulta acertada la afirmación: «si se pretenden analizar las prácticas relacionadas con la ciencia en un período determinado, resulta inevitable seguir a los científicos no sólo en el labora-

1. Galison, Peter. Relojes de Einstein, mapas de Poincaré. Barcelona: Crítica; 2003, p. 235 y 236.

torio sino también en las aulas y, en ocasiones, también en los talleres artesanales o en la industria» (p. 229). ■

Antonio Sánchez, Universidad Autónoma de Madrid

Esteban Rodríguez-Ocaña. Salud pública en España. Ciencia, profesión y política, siglos XVIII-XX. Granada: Universidad de Granada; 2005. ISBN 84-338-3627-7.

La creciente fortaleza científica de la historiografía médica española se constata en trayectorias como la del profesor Esteban Rodríguez Ocaña. Plasma un trabajo lleno de realizaciones que al final ofrece una imagen acertada, rica y con elementos críticos del campo de la salud pública en nuestro país, desde un dominio e interpretación ajustada de su evolución en Europa y en el mundo. El libro que comentamos reúne nueve de las 38 aportaciones más significativas que en esta materia publicó el autor en los 20 años transcurridos entre 1982 y 2002, muchas de ellas en la revista *Dynamis*. Es decir, no se trata de un libro que incluya el fruto de un trabajo reciente sobre el tema, puesto que para los que están interesados en la historia de la salud pública son conocidos al constituir aportaciones valiosas que hemos consultado repetidas veces por su gran interés. Sin embargo, para el público en general constituye, sin duda, una oportunidad valiosa para disponer de los trabajos más pertinentes del autor en esta materia reunidos de forma clara en su devenir histórico. Hay que comentar que tanto en los trabajos incluidos como en la obra amplia sobre historia de la salud pública en España que el autor realiza destaca el grupo de profesionales que acompaña y confluye en esta tarea constituyendo un equipo cualificado, entre los que se pueden mencionar a Josep Bernabeu, Enrique Perdiguero, Rafael Huertas, Jorge Molero o Alfredo Menéndez. Por último, no es menor el hecho de desarrollarse esta importante investigación no en laboratorio aislado sino en contacto y diálogo con la propia instancia de la salud pública española. De hecho han sido hitos las intervenciones en los Encuentros Marcelino Pascua, así como las contribuciones a las revistas de la especialidad salubrista.

Las 258 páginas del libro recogen los nueve trabajos en tres capítulos, el primero, con cuatro, dedicado a la administración sanitaria, el segundo, con dos, a la salud pública como disciplina para «el desarrollo capitalista», y el tercero, con tres, centrado en la adquisición de una metodología propia.

En el primer capítulo, las cuatro contribuciones desarrollan aspectos diferentes, desde la organización sanitaria a partir de los Borbones, la labor de estadística sanitaria de Luís Comenge a finales del siglo XIX y comienzos del XX en Barcelona, los avatares